



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11340

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 24 DE AGOSTO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

JOSÉ GOMEZ É HIJOS PUERTAS DE MURCIA

Deposito exclusivo de la Rioja Alta
SOCIEDAD DE COSECHEROS
DE VINO DE HARO

PRECIOS DE LOS VINOS

Botella de vino tinto con cascó á 1'10
Media ídem de ídem con ídem á 0'75
Botella de vino blanco con ídem á 1'25
Media ídem de ídem con ídem á 0'85

Esta casa entrega 0'15 por cada casco vacío que se devuelva.

LA NOTA DEL DÍA

Es esa epidemia que en mala hora ha aparecido en el occidente de Europa y que por nuestro mal la tenemos cercana.

España permanece limpia; el terrible microbio que mala en pocas horas no ha pasado las fronteras que lo separan de nosotros y ya nos causa daño, por cuanto nos ha declarado sospechosos la nación alemana; posible es que no pueda salvar la barrera que la labor sanitaria ha opuesto á su paso, pero ha engendrado tantas suspicacias, que, aun lejos de la tierra española, ya cuenta entre sus víctimas al comercio español.

La aparición de esa epidemia puede consumir nuestra ruina; sin alcanzarnos aun nos obliga á hacer grandes desembolsos para defendernos y lo que es más grave y por consiguiente más sensible: desvía nuestro pensamiento de un problema que reclama toda nuestra atención.

Se cerraron las Cortes por causa de las imperiosas vacaciones del estío; gobierno y minorías se citaron para dentro de algunos meses, prometiendo estudiar la cuestión económica, trayéndola resuelta para discutirla en las Cortes.

Y en eso estaban los ministros; y en eso estaban también los diputados, colaborando á la solución del problema las Camaras de Comercio, las Camaras Agrícolas y demás centros representantes del comercio y la industria.

La labor económica avanzaba. Ya se hablaba de economías cuantiosas que habian de aligerar fuertemente los gastos disminuyendo los ingresos; dos meses mas y se hubiera visto el asunto en las Cortes y hubiéramos salido de esta situación insostenible en que nos vemos.

Pero está visto que nos persigue la desgracia; cuando más abstraídos estábamos y con mayor ardor discutíamos sobre el modo de curar nuestros males, surge de improviso la cuestión sanitaria y nos obliga á transformar nuestro trabajo.

Y dejamos de pensar en la hacienda para defender nuestra vida; abandonamos el problema económico para resolver el de la salud pública; damos de mano al amoniamiento de números que representan pesetas economizadas y acumulamos desinfectantes, establecemos estufas, cerramos las fronteras y nos encastillamos en nuestro domicilio como se encierran los ejércitos en las plazas sitiadas.

Esperábamos la salvación de manos de los hacendistas y tenemos que recurrir á los médicos; buscábamos la solución del problema en los libros de cálculo y resulta que la hemos de hallar en la cartilla sanitaria.

Sin embargo, un problema no excluye el otro; ambos deben ser resueltos rápidamente, porque si el sanitario no tiene espera tampoco puede aguardar el económico.

El microbio acecha para introducirse en nuestra casa y hemos de defendernos de sus acometidas cueste lo que cueste. El acreedor

espera su dinero y hemos de dárselo á toda costa. Antes teníamos en entredicho el honor y quien sabe si la integridad de la patria. Ahora tenemos también la vida en entredicho.

Y necesitamos defender el honor y la vida á toda costa.

TIJERETAZOS

Ciertamente que ha sido de los nunca vistos en aquella isla el último ciclón de Puerto Rico.

¡Cuatro mil quinientas personas entre heridos, muertos y desaparecidos.

Como Puerto Rico vive á la americana, monopoliza las cosas asombrosas.

Cuando mandábamos nosotros no lamentaba esas desdichas.

Verdad es que no se había hecho acreedor á que Dios castigara su ingratitud.

Todo por la peste y para la peste.

Hay periódicos que le consagran todas sus columnas.

Algunos le dedican la mitad.

Y en el resto emplean sendos espacios para ocuparse en ella.

Abrimos uno y leemos.

«La peste bubónica».

Doblamos la hoja y saltá á la vista en letras como puños:

«La peste de Oporto.»

Vamos á la crónica huyendo de la peste y entre dos gacotillas anuecias nos saltá á los ojos:

«Un caso de peste.»

Tanta pestilencia revuelve el estómago y reclama un sahumerio que difunda otra clase de peste.

¿Se puede hablar de otro asunto?

Es poco grato, señores

hablar de malos olores

sin dar á la charla punto.

Tanto se habla de la peste

y del modo como mata,

que á causa de tanta lata

me temo que nos infeste.

Basta de peste, señores;

porque es mucha peste ya;

y con tanta peste está

la mente llena de horrores.

El doctor Jarje, jefe de los servicios

sanitarios de Oporto, ha recibido ya el premio de su labor humanitaria.

No lo ha matado el pueblo soberano porque no ha podido.

Pero le ha dado ¡muera! extintores y le ha hecho huir prudentemente.

Lo sensible es que no ha sido solo la masa ignorante la que se ha producido de ese modo.

El comercio ha tomado parte en la gresca.

Y hasta un médico le ha dado con un palo en las costillas.

¡Lo que puede el egoísmo!

WAGNER INTIMO

RECUERDO DE UNA COMIDA

Un redactor de «Le Gaulois» que oculta su nombre tras el pseudónimo «Silvio», refiere «casos y cosas» del gran maestro Ricardo Wagner.

Tuve ocasión —dice— de frecuentar el trato de Wagner algunos años antes de la representación inolvidable de 13 de Marzo de 1861.

Uno de aquellos días, la suerte me deparó comer en la misma mesa que él, y en circunstancias verdaderamente originales. La comida tuvo lugar en casa de mi amigo Alberto B..., un francofortés que residía en París, donde era corresponsal de varias publicaciones alemanas, un hombre excelente, muy estimado en el mundo de las artes y de la prensa. Si me lo permite, os trazaré de memoria la silueta del maestro tal como la ví aquel día.

Era de estatura más que mediana, un poco encorvado, y su mirada acusaba, al parecer, los cincuenta años del hombre para quien en el mundo no hay siempre fácil, de rostro surcado por profundas arrugas, cicatrices de las heridas que recibió en el rudo combate de la vida. La frente larga, descubierta, abultada, limitada por sienes salientes, caía sobre dos ojos morenos, de mirada extraña, centelleantes y luminosos, bajo el fruncimiento de unas cejas espesas, cuando la discusión los animaba; pero tiernos é inofensivos en los momentos de tranquilidad. Su nariz era robusta y arqueada, de pico de cuervo; la barba, alargada; la boca, de labios apretados, abierta, hundida y un poco desdentada. Los cabellos, echados hacia atrás, se

ensortijaban ligeramente; su semblante de color oscuro, estaba afeitado, salvo los mechones, ya por aquel entonces encanecidos, que enlazaban con una barba transparente y leonada que cerraba espesa bajo la barbilla, como la del «Compteur d'écus» de Rembrandt; sobre esta superficie plana se destacaban aquí y allá algunas verrugas. Su aspecto causaba una vaga impresión de tristeza áspera; recordando el retrato de Melancthon pintado por Alberto Duderó, y el parecido no resuelto se acentuaba todavía más por una gorra de terciopelo negro que el ilustre invitado rogó le permitiesen tener puesta.

A la comida, servida sencillamente, de cocina modesta—un buen plato de berza ácida, coronado de salchichas de Francfort y tocino de Hamburgo, suministraba el pretexto—asistió una docena de convidados, dos compatriotas del dueño de la casa, publicistas de Munich ó de Berlín, que hablaban un francés tudesco; el periodista Nefftzer, que fué el fundador del diario «Le Temps» y el inventor de esos breves balances políticos, incisivos, severos, cortados, concretos, en que las cuestiones más complicadas se presentan en diez líneas:—¿quién no recuerda á Nefftzer, con su gran figura de alcañano, de ojos claros barba amarillenta, y cabeza olivada sobre sus anchas espaldas?

Su aire bondadoso, su malleola enlazada con una franqueza exquisita, ocultaba un espíritu sin doblez y una figura imponderable. Ernesto Dréolle, escritor que gozaba de una admirable facilidad de asimilación; Gascon y Artagan y en fin, Gasperini, un ilustre moreno, figura de condottiere, corso é italiano, que se yo, talento crítico musical que fué el San Juan precursor de Wagner.

La comida, muy poco comunicativa, fué servida medianamente; la mesa, pesadamente iluminada, cojeaba de un pié, como la señorita de Lavalliere, y cada vez que Nefftzer, en el curso de una argumentación interrumpida dejaba caer sobre el mantel su mano vigorosa, las salchichas de Francfort, tendidas muellemente sobre las berzas, temblaban.

Wagner mostrábase inmerso en un hielo que no se rompió entre comensales de diversa nacionalidad que no se conocían ni se comprendían apenas. En

—Su paternidad está recogido, dijo el lego; volved mañana.

—Sentó incomodar á su paternidad; pero no puedo evitarlo; id y decidle que aquí está el marqués de Orri, secretario de Estado del rey nuestro señor, que necesita hablar á su paternidad de orden de su majestad.

—¡Ah! perdone vuecencia, dió el lego; yo ignoraba que fuese vuecencia quien me hablaba; eso es otra cosa; pero perdone todavía vuecencia. ¿Tras vuecencia orden? porque mire vuecencia, esto no es desconfiar, pero los tiempos están malos, y ¡quién sabe si vuecencia es vuecencia ó no lo es!

—Haz luz, Montauban, dijo Orri.

Montauban sacó de debajo de la capa una linterna sorda, la abrió oprimiendo un resorte, y hubo luz.

Orri sacó una cartera y la abrió.

Tomó de ella un pliego, de entre otros que en la cartera, y le dió al portero.

En el sobrescrito de aquel pliego se leía:

«Al superior del monasterio de Nuestra Señora de Atocha: del rey.»

Este pliego estaba sellado con las armas reales.

El lego le dió dos ó tres vueltas, y al ver el sello real, se echó rápidamente la mano á su cintura, y

II

Apresuraron el paso, y media hora después, Montauban tiraba de la cadena de la campana de la puerta del átrio del convento de Atocha.

—No nos dejarán en paz esta noche, dijo el lego portero acercándose á la verja que cerraba el átrio.

—¡Hola! dijo Orri; ¿con que tanto han molestado hoy al convento?

—Si señor, sí; no parece sino que este es un refugio peccatorum, dijo el lego.

—Abusan, hermano, abusan, contestó Orri; lo mismo llaman á la puerta de un convento, trayendo un herido ó un cadáver, como llamarían si trajeran una buena ofrenda.

—Aquí no han traído ni muerto ni herido, se apresuró á contestar el lego.

—Bien, hermano, bien; esto es decir, replicó Orri; ya sabemos todo lo caritativo que son los padres de Atocha.

—Pero ¿qué queréis hermano? dijo con una rara salida de tono el lego; si estais desocupado; idos á dar conversación á otra parte.

—Necesito ver al superior de esta santa casa, contestó Orri.

es mi rey, yo seré su reina; algunos años de espera; porque un crimen no cabe en mi alma: Luisa Gabriela de Saboya vivirá poco; empieza á anunciarse en ella la tisis... dejemos, dejemos correr los sucesos, esperemos: he sido una loca, y es necesario no volverlo á ser.